

descomposición de su cuerpo y las distintas medicinas que debe aplicarse siguiendo un riguroso protocolo. Honda metáfora de la decadencia y la muerte, *Pájaros de la playa* registra un acontecer que no es ya el de los sucesos políticos o el de los mitos mediáticos sino el de una epidemia que acentúa el perfil trágico de nuestra época. Dentro de la compleja arquitectura de la novela, Sarduy opone a este oscuro relato el recuento de los amoriños de la frívola Siempreviva, una antigua belleza que se niega a envejecer. Así se compendian, en las páginas de *Pájaros de la playa*, las dos caras de una novelística ya *light*, ya *heavy*, pero cuyo punto de referencia es la personalidad de sus autores y los temas de actualidad —*issues*, los llaman en inglés—, aun en el caso de la novela histórica, tan marcada en los noventa por la conmemoración del Quinto Centenario y por el espíritu del fin de siglo. Junto a la parodia *La vida conyugal* (1991) del mexicano Sergio Pitlor y *El origen del mundo* (1996) de Jorge Edwards, Sarduy escribe, a mi ver, la mejor novela de la generación del *Postboom* en un década que no sólo ve desaparecer a este gran cubano sino también a Puig, a Arenas, a Soriano y, en la generación anterior, a José Donoso y a Adolfo Bioy Casares.

Cuba hermosa, primorosa...

De la literatura cubana procede, sin embargo, una de las sorpresas más gratas de los noventa: la aparición de un puñado de novelistas que, desde los lugares más distintos de América y de Europa, están renovando nuestra imagen de la isla. En efecto, la novela cubana de esta última década ya no sólo se escribe en La Habana o en Miami sino también —y sin exclusión— en Madrid, en París, en San Juan de Puerto Rico o en Estocolmo. Hombres de su tiempo, los nuevos autores, lejos de obedecer a una sola estética, practican géneros variados y aun opuestos. Así, pueden ser neobarrocos como Abilio Estévez en *Tuyo es el reino* (1997), realistas sucios como Pedro Juan Gutiérrez en *El rey de La Habana* (1999), testimoniales como Carlos Victoria en *La travesía secreta* (1994), policiacos como Leonardo Padura en *Máscaras* (1997) o fantásticos como René Vázquez Díaz en *La isla de Cundiamor* (1997). A pesar de las diferencias, los reúne el afán de recrear literariamente a la isla como un medio para salvaguardar su memoria y acaso para imaginar alguna de las formas del porvenir —la incierta Cuba que vendrá; a pesar de las semejanzas, los separa no sólo la elección de un modelo de escritura sino, además, la manera en que han ido incorporando a sus obras los distintos contextos de la diáspora. Hay que añadir que todos publican fuera de Cuba y que casi todos han tenido buena prensa y numerosos

premios y recompensas internacionales. Pero, una vez más, la otra cara de la moneda es menos brillante: detrás de tantos éxitos, está la crisis de la edición en Cuba, el creciente exilio de los intelectuales cubanos y la reactivación turística de la mitología insular en sus aspectos más estereotipados y alienantes. Secundados por esta moda publicitaria de lo cubano, los novelistas de la diáspora tienen que vérselas así con una serie de lugares comunes prerrevolucionarios a los que se suman ahora los tópicos revolucionarios y postrevolucionarios –las diferentes conmemoraciones de los treinta años de la muerte del Che Guevara fueron un buen ejemplo de ello. Es más, entre la denuncia del régimen, la nostalgia de la isla ausente y la necesidad de reafirmar una identidad, no siempre es fácil encontrar el tono justo desde el exilio, sobre todo cuando hay que enfrentarse a las expectativas de un público que espera del escritor cubano a la vez una confesión agónica y una celebración del tropicalismo. Zoe Valdés, Mayra Montero y Jesús Díaz encarnan tres estrategias distintas para escapar de estas sollicitaciones.

Valdés, instalada en París desde mediados de la década, se dio a conocer en 1995 cuando obtuvo el Premio Juan March, en Mallorca, con la novela corta *La hija del embajador*. Ese mismo año apareció en Francia *Le néant quotidien*, traducción francesa que se adelanta a la edición, en español, de *La nada cotidiana* (1996). En realidad, es éste el primer libro donde se expresa plenamente una voz que, más allá del testimonio, trata de dar cuenta, a través de la ficción, de la degradación moral de una isla que quiso reinventar el Paraíso y produjo no sólo un infierno sino un lento y anonadante purgatorio. La protagonista de la novela, que se llama nada menos que Patria, vive la erosión del presente y el agobiante sinsentido de una existencia que se divide entre las penurias de cada día, algunas horas en una oficina, un interminable pedalear por las calles de La Habana y dos amantes sin rostro. Su destino resulta tanto más aterrador cuanto más gris y trivial. Y es que en el país de *La nada cotidiana* ya no hay lugar para el martirio o el heroísmo: sólo queda el rencor que nace de la frustración y la desesperanza. Quitándole énfasis a la denuncia, Valdés obtiene así más con menos, pues su narración vuelve tangible –más cercano e inmediato– el vacío horror de la vida cubana en el «período especial». Con su tercera novela, *Te di la vida entera* (1996), finalista del Premio Planeta, Valdés explora otros tiempos de la Cuba prerrevolucionaria y revolucionaria en un registro humorístico y paródico que no siempre ha sido bien comprendido, quizá por la ambigüedad con que maneja los clisés exóticos y eróticos de la cubanidad.

Mayra Montero, que reside en San Juan de Puerto Rico, recupera, para la novelística cubana, los grandes escenarios del Caribe y, siguiendo el ejemplo de Alejo Carpentier, hace de la cultura del archipiélago su verdadera

patria narrativa. No en vano la novela que la lanza en Europa, *La última noche que pasé contigo* (1991), narra las aventuras eróticas de una pareja que trata de reeditar sus pasados ardores durante un crucero por las islas. Las dos obras mayores de Montero en esta década, *Del rojo de su sombra* (1992) y *Tú, la oscuridad* (1995), se desarrollan en la República Dominicana y en Haití, y constituyen, a la par, una relectura de las fuentes de lo real maravilloso y una ficcionalización de la novela testimonial. Ambas comparten una temática sobrenatural y religiosa que está en el origen mismo de la doctrina de Carpentier: la práctica del vudú en la isla de Santo Domingo. *Del rojo de su sombra* es la crónica de una serie de hechos verídicos ocurridos en La Romana durante las peregrinaciones de los «Gagá», las cofradías herméticas que forman los iniciados bajo la égida de un sacerdote vuduista. Montero desarrolla una precisa investigación de campo para describirnos el enfrentamiento entre dos de estos grupos, y el combate mortal de sus líderes, un «houngán» y una «mambo». En su siguiente novela, *Tú, la oscuridad*, vuelve a tratar del vudú pero dentro del contexto más amplio de la historia reciente de Haití. El herpetólogo norteamericano Victor S. Grigg es enviado a la isla con la misión de capturar un ejemplar de la *grenouille de sang*, una especie prácticamente extinta. Allí conoce al baquiano Thierry Adrien y decide grabar su conversación. La novela reproduce la alternancia de estos dos discursos y es, a la vez, un relato autobiográfico, el testimonio de Thierry, y el recuento de una azarosa búsqueda en las montañas haitianas que pone a prueba los principios morales y la racionalidad del norteamericano. La solidaridad que nace lenta y difícilmente entre ambos da lugar a un espléndido diálogo de dos mundos, que Montero conduce magistralmente hasta a su trágica conclusión.

Jesús Díaz, por su parte, explora la crisis política cubana de la década en sus distintas facetas tanto dentro como fuera de la isla y también en esos territorios intermedios que ha ido creando el exilio. Radicado en Madrid, dirige, desde 1996, la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, una publicación que ha abierto un espacio para el intercambio entre los escritores, intelectuales y artistas de las tendencias más heterogéneas. Tres novelas dan fe del sólido y consecuente desarrollo de su obra de ficción durante los noventa: *Las palabras perdidas* (1992), *La piel y la máscara* (1996) y *Dime algo sobre Cuba* (1998). En la primera, Díaz pareciera ajustar cuentas con su propio pasado revolucionario al poner en escena las aventuras y desventuras de un grupo de jóvenes cubanos que trata de crear una revista independiente en La Habana. Cada cual ha de descubrir que los límites de ese proyecto son los de la revolución misma: una causa perdida –irremediablemente perdida– y cuyo fracaso signa el de toda una generación. *La*